



LA CAPILLA DEL CORAZÓN

El autor: Marko I. Rupnik

Marko Iván Rupnik nació el 28 de noviembre de 1954 en Zadlog, Eslovenia. En 1973, entró en la Compañía de Jesús. Desde septiembre de 1991 vive y trabaja en el Centro Aletti de arte cristiano oriental, del que es el director. Enseña en el Pontificio Instituto Oriental de Roma y ha dado cursos y charlas en las principales universidades europeas. Ha publicado numerosos libros sobre teología, pastoral y arte. Ha recibido varios premios como artista en distintos países. Desde el Centro Aletti de arte cristiano ha diseñado y decorado varias decenas de capillas e iglesias con sus fantásticos mosaicos llenos de luz y color. Uno de los objetivos de este centro es el recuperar el arte litúrgico como un modo de acceder al misterio, tal como en la antigüedad se concebía, pero desde una percepción eminentemente moderna. El resultado es de una belleza admirable que animamos a contemplar en la pequeña "exposición" que sigue.

El Misterio del corazón está abierto: ¡Pasa!

A continuación os invitamos a entrar en una pequeña exposición de arte. Se trata de cinco fotografías de los mosaicos que decoran la Capilla del Centro de Encuentros que los PP. Reparadores (Sacerdotes del Corazón de Jesús), regentan en Capiago (Italia).

La espiritualidad dehoniana está centrada en el Corazón de Jesús. Por eso la capilla, recoge cinco escenas que desvelan misterios ocultos del Corazón de Dios. No entres como un turista. Entra con el corazón dispuesto a dejarse embargar el misterio y la fuerza de los símbolos.



El misterio desde el otro lado

Modernidad y tradición

El arte del P. Rupnik, por una parte conecta con la tradición del arte cristiano oriental que es eminentemente un arte litúrgico; es decir, creado para orar y celebrar. Esto lo consiguen creando un espacio de armonía y belleza donde el espectador es transportado al mundo del misterio. En realidad, lo que se pretende es mostrar plásticamente el mundo transfigurado, el mundo visto desde Dios. Por eso las figuras son tan esquemáticas, reducidas a lo esencial. Mirando estos mosaicos estamos abriendo una ventana al mundo del más allá. Aunque, en realidad, es el mundo resucitado el que se asoma al nuestro. Por eso todos los personajes muestran el mismo rostro, con los ojos llenos, mirada penetrante y serena, la boca pequeña y callada: están participando ya de la eternidad, de la visión de Dios.

Por otra parte, Rupnik recoge el gusto del arte moderno por la materia. De ahí el uso de la piedra en una infinidad de modalidades, colores y texturas. La materia para él no es materialismo, sino materia redimida. Por eso, la piedra más tosca está siempre abajo y poco a poco se va llenando de vida, de movimiento, de luz, hasta que termina transfigurada por el color blanco. Así es también nuestra vida: una vida pobre, tosca, sin brillo, que, cuando se deja hacer por Dios, acaba siendo transformada en resurrección.

La parábola del mosaico

La técnica del mosaico, además de conectarnos con el mundo antiguo, nos cuenta una parábola: la de la unidad en la diversidad. A base de piezas individuales, todas distintas en color, material y textura, el artista configura un todo armónico y extraordinariamente bello. Así es la Iglesia, el misterio de la comunión entre personas y carismas distintos y variados que constituyen un todo. Incluso la elaboración material de los mosaicos, desde su diseño hasta su ejecución, es una acción llevada adelante por una comunidad de artistas que oran y conviven juntos mientras crean.

El color y la luz

El color en el arte antiguo tenía una función simbólica. Por ejemplo, el rojo, en general, es el color divino; el azul, lo humano; el verde, la creación; el blanco, el Espíritu; el dorado, la santidad y la fidelidad de Dios (aquello que Él hace en nosotros), la perfección, la luz, etc. El color depende de la luz, sin ella no existiría. En el mundo real, la luz depende del sol. En el mundo resucitado donde habita Dios, el mundo que los mosaicos quieren representar, la luz viene de Cristo, Él es el sol naciente. Por eso, la luz y el flujo de los colores generalmente parten de él y se reflejan de manera simbólica en los personajes.



La anunciación

En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una virgen llamada María. Cuando entró a donde ella estaba, dijo:

-¡Te saludo, muy favorecida! El Señor está contigo. Pero ella se turbó por sus palabras y se preguntaba qué clase de saludo era aquel. Entonces el ángel le dijo: -¡No temas, María! Porque has hallado gracia ante Dios. Vas a concebir un hijo, y le llamarás Jesús. Será grande, Hijo del Altísimo; y el Dios le dará el trono de su padre David. Reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y de su reino no habrá fin. Entonces María dijo al ángel: -¿Cómo será esto? Porque yo no conozco varón. Respondió el ángel: -El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual también el santo que nacerá será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel ha concebido un hijo en su vejez. Este es el sexto mes para ella que era llamada estéril. Porque ninguna cosa será imposible para Dios. Entonces María dijo: -He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. (Lc 1, 26-36)

Para orar

Repasa las palabras del Ángel y sustituye el nombre de María por el tuyo.

Sé consciente de tu pequeñez. Pero a la vez, siente cómo toda la bondad y el poder de Dios descienden sobre ti. ¿Qué es más fuerte, tu debilidad, o su bondad?

Prueba a decir: "Aquí estoy"
"Hágase en mi según tu Palabra".



Observa el mosaico.

El ángel aparece vestido de blanco sobre un fondo blanco, es la santidad de Dios que irrumpe en el mundo con todo el poder de su ternura. El ángel se sostiene el ala para no hacer demasiado ruido, porque María está desconcertada, "turbada", dice Lucas. Dios es así: pudiendo manifestarse con todo su esplendor, entra suavemente en nuestras vidas, como una suave brisa. El ángel lleva una estola roja de diácono, como mensajero de la Palabra. Dios se hace entender, quiere encontrarse con el hombre y por eso se hace Palabra: (Jn 1). De esta manera el ángel abre el rollo dorado de la Palabra que acaba confundiendo con el manto de María, simbolizando la encarnación de Dios en el vientre de la Virgen.

María, en cambio, está sentada, no mira al Ángel y deja caer el brazo rendida, como si dijese: "¡Vale, no entiendo nada, pero sea lo que tú quieras!" María acepta, no como un héroe orgulloso, sino como una sierva humilde. No obstante su debilidad, se fía de la bondad infinita de Dios. "Hágase en mí". María proclama los dos milagros de la encarnación: Dios se hace hombre, y se hace en mí, en mi pequeñez. Y de esta manera María empieza a devanar el hilo de la historia de la salvación. Por eso María no mira al Ángel, mira hacia la historia que Dios ha comenzado en ella.

El P. Dehon invita a dejarnos hacer, como María, en nuestra pequeñez, confiando totalmente en Dios, para el que nada es imposible.





El nacimiento de Jesús

María y José

La maternidad de María viene simbolizada por su postura arrodillada, como si estuviera sacando de sí misma al niño. Esta postura nos indica cual es la actitud ante la encarnación de Dios: la adoración y la contemplación. Por eso José, como modelo de creyente, contempla en silencio en un segundo plano, dándole protagonismo a Dios.

El niño

Dios se hace hombre de una manera festiva, radiante, alegre. El Hijo de Dios, que acaba de nacer, abre sus brazos para acoger dentro de su Corazón al mundo entero, para que nadie quede fuera del amor de Dios. Esto le va a costar caro. Porque no todos quieren aceptar el amor y por eso los brazos extendidos preludian ya la muerte en cruz. Dios nace para amar hasta el extremo. Y si hay que morir para demostrar tanto amor, Dios está dispuesto a asumirlo. Por eso María deposita al Niño Jesús en un pesebre que es la entrada de un sepulcro. Antes de nacer Dios ya había decidido llegar hasta la muerte para salvarnos.

La estrella

La estrella indica, no solo el lugar del salvador, sino el movimiento preferido de Dios: el abajamiento. Al lado del Niño, oro, incienso y mirra, pero sin reyes adorando. Porque Cristo no ha venido al mundo para ser servido sino para servir.



¿Por qué tanto amor?

Y "¿por qué todo esto?", "¿quién puede profundizar en los caminos de la sabiduría, del amor y de la bondad de Dios?", se pregunta el P. Dehon al contemplar el nacimiento de Jesús y su vida oculta en Nazaret. ¿Por qué Dios me ama tanto hasta hacerse uno como yo? Se trata de un misterio difícil de entender si no es con el corazón. Por eso el P. Dehon nos invita a ser como María que guardaba todas las cosas en su corazón, o como José que acepta desde el silencio los designios amorosos de Dios.

Para orar

Piensa en el abajamiento que Dios hace para encontrarte: no duda en bajar hasta lo más bajo de ti mismo. Recíbelo ahí mismo.

Si Dios se ha hecho como tú, ser como tú merece la pena.

Tú también puedes llegar a ser como Dios, si emprendes el camino del abajamiento.

Míralo, pues, hecho niño frágil.

Mira como te abre los brazos y te acoge así como eres. Mira cómo está dispuesto a morir por ti. Déjate desbordar por su mirada tierna.



En encuentro con la Samaritana

Se narra en Jn 4.

Jesús, cansado del camino, se sentó junto a un pozo. Era cerca del mediodía. Llegó una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dijo: «Dame de beber». La samaritana le dijo: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». (Es que los judíos no se tratan con los samaritanos, porque los consideran herejes). Jesús contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva». La mujer le dijo: «Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es profundo; ¿de dónde sacas esa agua viva? ¿Eres acaso tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él, sus hijos y sus ganados?». Jesús le respondió: «El que bebe esta agua tendrá otra vez sed, pero el que beba del agua que yo le dé no tendrá sed jamás; más aún, el agua que yo le daré será en él manantial que salta hasta la vida eterna». La mujer le dijo: «Señor, dame esa agua, para no tener sed ni venir aquí a sacarla». Jesús contestó: «Anda, llama a tu marido y vuelve aquí». La mujer contestó: «No tengo marido». Jesús le dijo: «Muy bien has dicho que no tienes marido. Porque has tenido cinco maridos, y el que ahora tienes no es marido tuyo. En esto has dicho la verdad». La mujer le dijo: «Señor, veo que tú eres profeta» [...] «Sé que vendrá el Mesías. Cuando él venga, nos lo aclarará todo».

Jesús le dijo: «Soy yo, el que habla contigo». En estos momentos llegaron sus discípulos y se sorprendieron de verlo hablar a solas con una mujer. La mujer dejó el cántaro allí, volvió al pueblo y empezó a decir a todos: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Será el Mesías?».

El cántaro y otras sorpresas

Era mediodía. Jesús viene de viaje, está cansado y va al pozo a beber agua. Sin embargo, la Samaritana ¿qué hace a esas horas yendo a por agua? Ella tiene algo que ocultar y por eso va cuando piensa que no hay nadie. Jesús se hace el enconradizo y es él el que nos pide de beber. Pero somos nosotros los que tenemos sed, como la Samaritana y él nos ofrece el “agua viva” de su misericordia. Jesús le reconoce a la mujer su pecado: ha vivido ya con tantos hombres. Jesús lo sabe y sin embargo no la juzga, sino que le revela que él es el Mesías. Sorprendente: ¡Dios se revela a una pecadora! Automáticamente su vida queda reparada, restituida, reconciliada.

Bebe del agua viva

Mira el cuadro. La samaritana se dirige con un gesto evidente a Jesús diciendo: “Dame de esa agua”. A sus pies ha dejado caer el cántaro, representado como una urna funeraria, porque contiene sus vergüenzas, sus pecados, aquello que la ha tenido muerta. Observa como el pozo está lleno de arena, seco, como los pocos donde acostumbramos a beber. Jesús es el agua viva, el único que puede calmar nuestra sed de sentido. Por eso el pozo se confunde con su túnica y su manto fluye como un río vivo hacia la mujer. En sus manos sostiene un cántaro nuevo y te mira a ti. ¿Quieres aceptar su agua? El te dice: ¿Tienes sed? ¡Bebe! De tus entrañas manarán torrentes de agua viva.





La unción en Betania

La historia (Mc 14, 3b)

El evangelio de Marcos cuenta que, poco antes de ser Jesús apresado, estando comiendo en la casa de Simón el Fariseo, en Betania, "llegó una mujer con un frasco de alabastro lleno de un perfume de nardo puro, que era muy caro. Rompió el frasco y se lo derramó sobre su cabeza". Algunos criticaban a la mujer por considerar aquello un derroche que podía haber servido a los pobres. Jesús replica: "Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Ha hecho conmigo una obra buena. A los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis socorrerlos cuando queráis, a mi no me tendréis siempre. Ha hecho lo que ha podido. Se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura".

Hay muchas cosas misteriosas en este relato: ¿quién es esa mujer?, ¿por qué irrumpe en una casa decente?, ¿por qué ese gesto tan extraño? ¿Cómo es posible que una mujer de mala reputación se arriesgue a entrar en una casa decente como aquella? Se jugaba la vida y, sin embargo, no le importa. ¿De qué forma la habrá tratado Jesús para que ella se atreva a honrarle con aquel gesto? Por eso en el mosaico aparece con la mano sobre el corazón, como gesto de que algo se ha reparado en su corazón herido.

El nardo era carísimo y se utilizaba para embalsamar a los difuntos más pudientes. La pecadora probablemente se gastó todo lo que tenía. En el frasco roto, la pecadora ha puesto toda su vida, su futuro, sus cualidades, sus deseos y sueños. Desde entonces ha pasado a la historia como el gesto de la consagración, de la entrega, del abandono. ¿Qué otra cosa se puede hacer cuando uno se ha sentido tan amado?

Para orar

¿Qué experiencia tiene del amor tu corazón roto?
¿Estarías dispuesto "romper el frasco" de tu vida, a entregarlo todo, a entregarlo todo, a entregarlo todo, a entregarlo todo?
Toma la toalla: ¿Quién reclama tu servicio generoso?

Amar por amar

Dice el P. Dehon:

"El amor sólo tiene un método, el de seguir los impulsos de la gracia que nos conduce a amar. No existe otra práctica a seguir, y es la de amar en todo tiempo, en todo lugar, en toda situación. No existe más que un acto, al cual deben referirse todos los demás. Uno sólo es el motivo: amar porque Él ama. Uno sólo el fin: amar por amar".

El vaso roto y el perfume que sale con color dorado, recuerdan a la crucifixión: allí también hay un corazón roto y algo que fluye: la sangre de Cristo, símbolo del amor inconmensurable de Dios. En la Eucaristía lo que se rompe es el pan, el Cuerpo de Cristo. Y el perfume se derrama, como la Sangre de Cristo. Por eso Jesús está sentado con la estola de sacerdote. Él es el que ha venido a servir, no a ser servido y nos invita al banquete de la ofrenda mutua, del maravilloso intercambio en la Eucaristía.

El lienzo que la mujer utiliza para secarle los pies, será el que le sirva de mortaja cuando muera, y el que utiliza en el lavatorio de los pies. Este es el sentido de su vida y se convierte en el sentido de la nuestra: el servicio. Por eso él está sentado como un sacerdote con la estola dorada de la misericordia.





El costado abierto

La mirada

Es Juan, representado como un joven discípulo amado que no envejece, porque el amor no muere nunca. Es él el que vio y creyó (Jn 19, 35; 20, 8). Por eso es importante el juego de miradas. Juan nos invita a mirar el Corazón de Cristo, Cristo resucitado mira a María, y María te mira a ti.

El corazón

“Cuando se acercaron a Jesús, los soldados no le rompieron las piernas porque ya estaba muerto; pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al punto, brotó sangre y agua”. (Jn 19, 32-34)

Con S. Juan, el P. Dehon nos invita a entrar, como si fuéramos la lanza, en ese Corazón donde se concentra la locura de amor de Dios por el hombre, hasta el punto de dar la última gota de su sangre. No puede haber mayor amor. De ahí que la cruz de Cristo no sea ya un misterio lúgubre y triste, sino que se ha transformado en un árbol vivo que inunda de vida toda la escena.

El Corazón de Jesús está abierto y mana sangre y agua, símbolo de la Eucaristía. Mirando la cruz vemos cuánto nos ha amado. Comiéndole y bebiéndole sentimos cuanto nos ama ahora.

La Iglesia

La tradición de la Iglesia ha visto en esta escena el nacimiento de la Iglesia que, en el Bautismo (el agua) y la Eucaristía (la sangre) recibe la vida. “Del Corazón de Jesús abierto en la cruz, nace el hombre de corazón nuevo” (Csts. 3). Por eso Cristo mira a María, porque ella es la primera salvada, el símbolo de la Iglesia. Viste un manto rojo, color de Dios, porque la muerte de Cristo la ha rescatado ya. El color de su manto coincide con el del hilo que desmadejaba en la escena del nacimiento, porque la historia que permitió que comenzara con su sí, ahora se ha completado. Por eso no se le ven las manos y por eso está rodeada de dorado: simboliza la Iglesia que es santa, no porque lo sean todos sus miembros, sino porque Dios ha decidido salvarla cueste lo que cueste.

María te mira con ojos transfigurados por la visión de Dios. Te invita a actuar, a acoger como ella hace el don de la misericordia. La obra de la reparación depende de ti, ¿te apuntas?

Para orar

Sigue el juego de las miradas. Siéntete conducido por Juan a través del misterio del Corazón Abierto. Déjate apabullar por tanto amor.

Todo esto ha sucedido por ti, por amor a ti. Repítelo en tu interior.

Mira a María. Mira lo que puedes llegar a ser. Di con ella: ¡Aquí está la esclava del Señor! ¡Hágase en mí según tu Palabra!

